

POLÍTICOS, BANQUEROS Y RASCACIELOS: LA CREACIÓN DE HITOS CONTEMPORÁNEOS

Pascual Riesco Chueca



DOS TORRES, UN PASADO, UN FUTURO.

El concurso de las cajas de ahorro sevillanas para elegir el diseño del primer rascacielos de la ciudad falló a favor del arquitecto César Pelli, quien propone, como es sabido, erigir un bloque columnar de planta elíptica y 178 metros de altura. Según el autor, el rascacielos «guarda una proporción respetuosa con la Giralda: es un poco más de una vez y media su altura». Apostilla otro de los participantes en el concurso, Zaera: «la Giralda está demasiado sola. Necesita alguien que la saque a bailar». Y ciertamente, si nada lo impide, parece que va

a dar comienzo el baile, aunque la pareja le saque dos o tres cabezas (respetuosamente, eso sí) a nuestra vieja torre almohadorenacentista.

En la prensa local y en las declaraciones de los políticos han brotado elogios, en los que vibra el fervor por el futuro. «Sevilla tendrá finalmente su *skyline*», es decir, mostrará, como las ciudades norteamericanas, un perfil erizado y afilado, una dentadura colmilluda. La torre es para el alcalde Monteseirín un exponente de «las ansias y ambiciones de futuro»; y en la argumentación política tintinean palabras como «vanguardia», «hito» y

«reto». Así pues, se trata de crear un jalón triunfal, una marca de gran visibilidad, un testigo de la altura de los tiempos. Y se trata también de desafiar al futuro, de tutearse con las metrópolis bur-sátiles, de poner los pies encima de la mesa, de igual a igual, con Singapur, Houston, Taipei, Dubai o Chicago.

Las reticencias, que han sido menos sonoras, giran en torno a la defensa patrimonial, la búsqueda del crecimiento urbano armonioso, o la repulsa al gigantismo. Pero los valedores del proyecto disponen de un arma infalible para desacreditar a sus adversarios. Alguien que se re-



Gracias a su riqueza formal y a su composición en múltiples escalas, la Giralda ofrece fragmentos significativos aun a partir de arbitrarios recortes y encuadres callejeros

siste a una iniciativa bendecida, como ésta, por los efluvios de la contemporaneidad, ¿qué puede ser sino un provinciano nostálgico, un timorato tradicionalista, un carcamal sevillí, un consumidor de pastiche, un residente en los decorados de Álvarez Quintero, un arquitecto de confitería?

Pretendo aquí amasar algunas reflexiones sobre el inevitable prestigio de los «ejecutivos del futuro» (García Calvo), los que defienden sus tácticas mundanas o sus opciones de diseño haciéndose avalar por ese gran desconocido, el futuro. ¿Qué mecanismo de persuasión dota de virtud profética a un fabricante de rascacielos? ¿Por qué un tipo arquitectónico que ya estaba con nosotros antes de la gran depresión de 1930 goza de radiantes certificados de juventud? ¿Quién expide las ejecutorias de contemporaneidad?

Como primera respuesta podría aventurarse ésta: una sociedad tradicional, poco adiestrada en los hábitos de la crítica, ha sido súbitamente traccionada por los cambios tecnológicos e informáticos. Éstos caen sobre

la vida cotidiana como un regalo providencial e inescrutable y suscitan en este público fácil de contentar actitudes comparables a los «cargo cults» de la Melanesia (culto que los nativos rendían a los cargamentos encallados, por fortuito accidente marítimo, en aquellas remotas riberas). Las modernidades —telefonía, electrónica, automoción— vienen de orillas lejanas, y una vez arribadas aquí, se ponen en uso con reverente diligencia y con pragmática gratitud. Esta actitud de base, común a gran parte del sur de Europa, proporciona un primer reflejo de aceptación ante lo sobrevenido. El rascacielos es igual que los de Norteamérica, su proponente es una banca poderosa, el arquitecto es rico y extranjero: por lo tanto, seguro que ellos saben lo que se hacen.

En otro ángulo de legitimación, los políticos han sabido azuzar el orgullo local. La locución francesa «nationalisme de clocher» describe la adhesión beata y envanecida al campanario propio, más allá del cual el mundo acaba. ¿Pero cómo? ¿que una ciudad de la talla de Sevilla no tiene su propio rasca-

cielos? No vamos a ser menos que los de Madrid, con su torre Picasso y sus torres Kio; no van a aventajarnos los de Huelva, que levantan, de la mano de Calatrava, un edificio que se va a ver desde las marismas. A base de rascar la vanidad localista, un rascacielos pasa a considerarse, no una carga sobre la ciudad y su transporte, sino un derecho de sus ciudadanos. En un foro des-punta la clarividente proclama: «¿Por qué sólo las grandes ciudades pueden tener grandes rascacielos? Huelva también tiene derecho. Todas las ciudades que tienen entre 120 y 150.000 habitantes deberían tener algún rascacielos».

Otro frente argumental se hace fuerte en la rebeldía contra esta antigua dominadora de los horizontes sevillanos, la Giralda. ¿Quién nos obliga a seguir postrados en obediencia a aquel hito de la ciudad medieval? Es hora de sacudirnos la coacción que mantiene al urbanismo sevillano agachado y genuflexo a los pies de esta torre eclesiástica. Sus méritos patrimoniales, que nadie niega, no suponen que la Giralda deba decir la última palabra. Y si un califa o unos clérigos quisieron asombrar a los creyentes, ¿por qué no dejarnos ahora asombrar



también por la munificencia de nuestros adalides bancarios? La historia y el futuro siguen abiertos. A esta línea combativa se añaden consideraciones histórico-comparatistas: ¿no supuso acaso la vieja torre de la mezquita una profunda conmoción visual cuando fue erigida sobre la medina islámica? ¿Por qué no gozamos nosotros, contemporáneos, de una prerrogativa similar?

Y en este punto, es fácil que la evocación de una tercera torre venga a zanjar la cuestión. Emerge diáfana la que es patrona de la aventura arquitectónica, la torre Eiffel: un objeto tan rompedor, tan irreverente, tan gigante en aquel París de 1889; y cómo de bien ha sido metabolizado por el organismo urbano, cómo ha adornado los cielos desde entonces, con qué primor ha complementado en el aire parisino las formas orgánicas de Notre Dame, la granazón neobarroca de las avenidas. Es comprensible pues que, cada vez que alguien quiere abrirnos el apetito estético ante un cuerpo extraño, acuda al precedente de Eiffel.



*La convivencia del casco antiguo con un gigante:
el pilar del Alamillo o la metáfora de la grúa*

VENTAJAS DE VIVIR SIN LA TORRE PELLI

En todas las líneas de argumentación anteriores falta un ingrediente fundamental: la referencia al buen vivir. Ninguno de estos frentes discursivos se detiene en los frutos que la torre haya de dar para iluminar la convivencia, favorecer el bienestar o endulzar la cotidianía de los sevillanos.

En un momento histórico en el que la presencia humana desborda por todas las costuras del planeta, cuando no hay lugar al que no lleguen ecos de nuestra especie; en un país cargado de autovías, alambradas y trincheras, con el horizonte erizado de grúas, las playas atrancadas de casas, los montes urbanizados y las vegas plastificadas, los impulsores del rascacielos deciden que es el momento de imprimir una nueva marca triunfal de la supremacía humana. Y sobre un territorio exhausto y saqueado, que jadea bajo las banderillas de mil grúas de constructora, se disponen a asestar la estocada suprema. ¿Cuáles son sus argumentos?

En primer lugar, la sabiduría del arquitecto. Que la torre sea técnicamente impecable y en el estándar internacional del buen hacer proyectista, que el estudio goce de prestigio por obras anteriores: todo ello no debe hacernos cerrar los ojos ante la irracionalidad del currículum creativo de Pelli. Una carrera desenfadada, emprendida en ciega coincidencia con las alarmas del calentamiento global; total indiferencia a las implicaciones ambientales o políticas de sus gigantes; el correlato arquitectónico de un Donald Trump. ¿Qué camino hacia el futuro marcan unas torres como las Petronas? Al final de los 90, bajo la semidictadura malaya, en una península ferozmente deforestada y convulsa, a don César no se le ocurre otra idea que ver quién hace la torre más alta; y levanta un bosque de pilares de hormigón y acero hasta los 450 metros, la mayor elevación mundial en rascacielos hasta entonces. Ésta es su propuesta para el desarrollo, su semilla plantada para el futuro, su lección a la posteridad. ¿Debemos inclinarnos?





*Fragmentos insulsos del gigantismo:
invitación al desorden visual*

Es verdad que la torre Eiffel, inesperadamente, se convirtió en un atributo encantador de los cielos de París. Pero, ¿quién nos garantiza que Pelli sea un Eiffel redivivo? De cien gigantes levantados en las urbes contemporáneas, ¿qué fracción es indultada por los siglos?, ¿qué círculo escogido se libra de convertirse en un peso muerto, creador de largas sombras, esterilizador de los entornos; en un bravucón urbano, soportado con resignación por los ciudadanos?

Y la Giralda nace, sí, del arrojado de un califa del siglo XII, y de la audacia de un cabildo vanaglorioso del XVI. Claro que un alcalde y unos jefes de banca pueden contemplarse en el espejo de la historia, con una semisonrisa complacida, y musitar «yo también». Pero nosotros, ¿estamos obligados a darles el beneplácito? Una mezquita o una catedral en una ciudad medieval dimanan, casi orgánicamente, de densas elaboraciones del metabolismo social: son emergencias lentas, negociadas, en las que se destila el sentimiento urbano de la población. El vínculo sentimental que unió a un pueblo con el alminar de su mezquita, ¿es comparable al que puede algún día unir a unos contribuyentes con los gestores de un banco? ¿Qué representatividad tiene una entidad bancaria para erigirse en portavoz visual de la ciudad?

La Giralda fue en su día un coloso. Pero ahí se detiene la comparación. En la obra antigua hay un factor insoslayable, que actúa como regulador de excesos, y que arbitra sobre los desafueros de la imaginación, cortando a la baja los vuelos de la soberbia. Es la limitación de materiales y técnicas. Una torre hecha con ladrillos nace de la tierra y mantiene lógicas de vinculación a ella: el aplomo, la proximidad textural, el grano. La torre de la Cartuja está exenta de tales ligaduras, y para el profano lo mismo da que cuelgue o flote: es un artefacto sobrevenido, un ovni.

La contemplación de la Giralda desde las calles del centro ofrece los alicientes de un diseño fractal. Cuerpo de campanas, cuerpo de carambolas, cuerpo de estrellas, cúpula, cupulín y veleta componen una fuga telescópica gracias a la cual, por pequeño que sea el pico de la torre que dejan entrever las cornisas de una calle, la riqueza formal está siempre proporcionada al tamaño del fragmento. Un piquito de la Giralda sigue siendo ameno. No pasa lo mismo con la arquitectura de inspiración minimalista: citemos a otro gigante sevillano, el puente del Alamillo. Su pilar de contrapeso, blanco y simple, es sutil como escultura cuando se percibe como totalidad, pero se vuelve insulso en fragmento. Viniendo por la calle Feria, o por Santa Clara, el encuadre callejero deja ver un travesaño oblicuo suspendido. Y salvo para sensibilidades

fervientes es difícil diferenciar estos insípidos vislumbres de los que otorga a la mirada distraída un mástil inclinado de grúa. La torre Pelli, contemplada desde las callejas de Triana, o desde el jardín de la Cartuja, tal vez ofrezca algunas amenidades en virtud de su revestimiento o de las delicadezas de su textura, pero es improbable que este monobloque ofrezca a la contemplación una cascada de relatos en zoom.

Convivir con un gigante no es un placer. Los entornos de una obra de gran porte son desolados, barridos por sombras y corrientes inclementes, violentados por cimientos y plataformas, perforados por túneles y erizados por barreras. El propio puente del Alamillo crea a su alrededor una zona de exclusión, donde cualquier crecimiento urbano vive amedrentado. Residir a los pies de un monstruo, ¿para qué?, ¿para lucimiento de quién? Y más cuando los gigantones contemporáneos tienen el mal hábito de coronarse con luces intermitentes. Qué cansancio visual podríamos habernos ahorrado si no tuviéramos que soportar, desde calles y azoteas el sempiterno palpar de una luz de aviso en la coronación del puente de Calatrava. Esta intermitencia insomne es una antipática presencia, una perpetua alarma de evocaciones industriales o aeroportuarias, medida en las carnes de la ciudad.



*Simulación de la torre Pelli vista desde el centro de Sevilla
(www.pcparch.com)*

Añádanse hacinamiento, tensionamiento, pérdida de intimidad. El monasterio de la Cartuja dejará de tener, en su *hortus conclusus*, un espacio de dulce confinamiento a espaldas de la ciudad y del siglo. No: para que no dejemos en ningún momento de tener presente en qué época se vive y bajo qué instituciones se trafica, asomará tras cada recodo de la tapia, entre el ramaje de cualquier árbol, una cabezota obstinadamente contemporánea, el rascacielos. Machacona pedagogía del futuro. Dogmatismo de una forma que viene de lejos a dominar la ciudad, a instancias de unos representantes o adelantados que pueden todavía llamar retrógrados a quienes se resisten.

¿Qué trae a nuestro bienestar la torre? Díganlo los proponentes. El modelo urbanístico que se ofrece a otras poblaciones menores es la ley del tamaño; la invitación a forzar la escala de la ciudad sin otra argumento que la arrogancia. Con el precedente de esta obra, nada impide a Écija, Marchena o Trebujena emprender una carrera análoga, ni a las ciudades costeras seguir la senda de Benidorm.

Quién sabe: quizás un día la torre Pelli sea amnistiada por la historia y, gracias a virtudes que el proyecto no deja adivinar, se convierta en un fermento urbano de calidad, en un sano impulsor del aprecio de la ciudad por sí misma. Es una apuesta incierta, y sus casi inverosímiles frutos cuelgan sobre las generaciones venideras. Pero una cosa es segura: los promotores de la obra no tienen ningún elemento de juicio, salvo la fe, para convencernos de esta esperanza.

